

LA SOLUCION

Por Miguel Molina Rabasco

Creo que fue Montesquieu quien afirmó que la historia de los pueblos felices carece de interés; afirmación, por otra parte, muy difícil de comprobar, pues no parece que haya existido uno solo cuyos anales no sean negra crónica de luchas y muerte.

Incluso el pueblo elegido por Dios. Quizá, especialmente, este pueblo, tantas veces sometido y maltratado, siempre a la eterna búsqueda de una tierra prometida y de un no ideal; tierra que le será siempre discutida, disputada, y reino que muy difícilmente va a encontrar en este mundo. Igual, exactamente

igual, que le sucede a otros muchos. Si bien se mira, la Historia, con mayúscula, es el relato inacabado e inacabable del gran fracaso del hombre -de los distintos grupos humanos- para organizarse y convivir en paz fecunda.

Es como si en el más escondido rincón de los genes de cada criatura existiera un programa virulento y violento que le obligara a ver enemigos en derredor a los que urge someter o destruir.

La percepción de este hecho, más o menos instintiva, no obliga a la búsqueda de fórmulas para tratar de vencer o contrarrestar con eficacia esta tendencia negativa de la especie. Pero el empeño, hasta ahora, no ha conseguido triunfar. Las noticias de cada día nos despiertan de cualquier ilusión utópica.

Quizá el miedo a una gran catástrofe, general y definitiva, ha limitado algo los conflictos, situándolos en la periferia de las zonas de gran poder y potencia, aunque ello no garantice un control efectivo.

Pero el peligro está ahí. Y las miserias e injusticias que son causa generadora de las tensiones, y las ideologías que sustentan actitudes agresivas, y las manipulaciones de los ambiciosos que utilizan y promueven bajos instintos para lograr sus fines, y los racismos con sus hechos diferenciales. Sólo si conseguimos, algún día, domar a la fiera que todos llevamos dentro, será posible un mundo ideal. Mientras tanto, sufrimos las realidades cotidianas y nos consolamos con sueños lejanos, ya que el remedio auténtico, la solución definitiva, predicada y conocida desde hace 2.000 años, no la hemos aplicado y aceptado, desgraciadamente, nunca.

